LA CALLE DE LA ARGANZUELA

Ginnevra D.

Image not found.

Capítulo 1

LA CALLE DE LA ARGANZUELA.

(ROMANCE peor que de ciego.)

En la calle de Toledo,
Bajando a la mano izquierda,
Hay una calle que llaman
La calle de la Arganzuela.

No es antigua, ni tampoco
Se puede decir que es nueva,
Que ya en el siglo pasado,
Según las crónicas cuentan,
Fue célebre por sus robos,
Sus riñas y sus pendencias,
En que tomó la justicia
Parte principal y seria,
Saliendo a veces burlada
Y en ocasiones maltrecha.

*

Vecino el más visitado
De aquellos contornos era
José Arganzo, tabernero,
Que siempre vió su taberna
De soldados y golillas,
Majos y cómicos llena.

Y era lógico; que a Pepe
Le otorgó la Providencia
Por hija la más salada
Muchacha que vió la tierra.

Por esta razón, repito,
Siempre estaba la taberna
De soldados y golillas,
Majos y cómicos llena.

Soledad, que éste es el nombre
Que nos dice la leyenda,
Era un demonio con faldas,

Es decir, un diablo hembra.

Pasaba la vida dando
A sus pretendientes guerra,
Y trayendo a sus amantes,
Por servirla, de cabeza.

Uno de ellos era un majo
Del barrio de las Peñuelas,
Flaco, bizco y cejijunto,
De intenciones canallescas,
Quien entre abrir la navaja
Y echar un hombre a la huesa,
No tardaba tanto tiempo
Como en decirlo se emplea.

Un comediante de fama,
Cuyo nombre se reserva,
Que en los graciosos fue siempre
Júbilo de la cazuela
Un bolero valenciano,
Que en lo de mover las piernas
Era tan habilidoso
Como en perseguir doncellas.

Con el majo merendaba
En la Fuente de la Teja;
Iba con el comediante
Al corral de las comedias,
Y el bolero la enseñaba
El modo de hacer piruetas.

Y era natural, con tanto
Jolgorio y con tanta juerga,
Se deslizaban sus días
Sin lágrimas y sin penas.

Ya Soledad lo afirmaba
Con selvática franqueza:
«El escándalo y la orgía
Siempre he de llevar por lema,
Que la honradez, ¡voto a Sanes!
Es madre de la tristeza.»

Y, en efecto, a media noche,
Por no estar ociosa y quieta,
Mientras el majo ensalzaba
Su valor en las tabernas,

El comediante dormía
Rendido de hacer comedias,
Y el bolero descansaba
De tocar las castañuelas,
Soledad en su guardilla
Con amorosa impaciencia
Esperaba a que llegase
Su más estimada prenda:

Un joven de veinte abriles,
De simpática presencia,
Vestido con todo el lujo
De los lindos de la época.

Pero ¡ay! como en este mundo
No existe dicha completa,
Y el día en que más gozamos,
La desgracia está más cerca,
De Soledad y su amante
Las repetidas promesas
De amor firme, y las miradas
Melancólicas y tiernas,
Vino a turbar un suceso
Que dió origen y materia
A que la calle que entonces
De título careciera,
Fuese más tarde llamada
La calle de la Arganzuela.

— Ya sé —dijo el comediante—
Que la venganza es cruenta;
Pero su falta no tiene
Perdón, ni admite clemencia.

Ya lo sabéis, cuando el alba
Silenciosamente venga,
Dando sustos a la noche,
Para que se marche al verla,
(Porque del día jamás
Fué la noche compañera,
Según dicen los autores
Clásicos en sus comedias),

Nos presentamos los tres;
Prendemos fuego a la puerta
De la guardilla, y el humo
Con el miedo harán por fuerza

Que el petimetre escondido
Salga a la parte de afuera,

Y ya corre a cargo nuestro
Que ruede las escaleras.
—¿Y Soledad?—dijo el majo,
—Con ésa no llevéis cuenta.
Vosotros os vais, que yo
Me quedo solo con ella,
Para sacudirla el polvo
A puntapiés, si se tercia.—

Y, con efecto, llevaron
A la práctica esta idea;
Mas, torpes ó descuidados,
No contaron con la huéspeda.
Porque de tal modo el fuego
Tomó incremento, que apenas
Quedó soldado en la villa,
Ni maja, ni petimetra,
Ni cuadrilla de alguaciles,
Con su jefe a la cabeza,
Ni alcalde de casa y corte
Con su casaca de seda,
Ni aguador, que no acudiese
Ansioso a emplear sus fuerzas
En extinguir de las llamas
La destructora potencia.

¿Y Soledad?... Desmayada.
¿Y el petimetre? Se cuenta
Que bajo un colchón le hallaron;
Después de lo cual se agrega
Que por librarle la vida
De muerte fatal y cierta,
En el colchón le envolvieron,
Le ataron con una cuerda
Y le hicieron lentamente
Descender hasta la acera;
Que una vez allí, un alcalde
Se aproximó con cautela,
Y al descubrir, asombrado,
Quién el personaje era,
Ordenó que a su morada
Rápido le condujeran,
Sin sacarle del colchón
Y sin desatar la cuerda,
Para esquivar de este modo

Cualquier mirada indiscreta.

Llegó hasta el Monarca el caso,
Y en su reunión palaciega
De aquella noche, fué objeto
De chistes y de agudezas.
Y un joven de veinte abriles,
De simpática presencia,
Vestido con todo el lujo
De los lindos de la época,
Díjole al Rey, en voz baja,
Para que nadie le oyera:

— Padre y señor: por la fe
Que mi lealtad os profesa,
Que el término vi llegado
De mi azarosa existencia.
Os juro arrepentimiento
Y olvido de aquella escena,
Que si comenzó en sainete
Pudo acabar en tragedia.

—Dices mal; que quien olvida
La falta, reincide en ella.
Para que de tu memoria
No se borre ni obscurezca,
Voy a dictar una orden
Que viene al caso de perlas.—
Y viendo al corregidor,
Que allí se encontraba cerca,
Le llamó y dijo:—En recuerdo
Del fuego y sus peripecias
Por culpa de la de Arganzo,
Sin duda alegre y traviesa,
Es mi real voluntad
Que antes que el sol amanezca,
Mandes poner en su calle
Un azulejo con letras
Que recuerden el suceso
Que ya en Madrid se comenta.
¡Quiero que desde hoy se llame
La calle de la Arganzuela! —

Tomás Luceño.